

Entonces fué cuando precipitó la evacuación, efectuada de un golpe en Marzo de 67, *aun cuando los arreglos celebrados con Mr. Seward le permitiesen terminarla en Noviembre del mismo año*. Puede, por lo tanto, decirse con fundamento, que no fué la diplomacia norte-americana sino el cañón de Sadowa, el que dió al Mariscal Bazaine la orden de retirada.”

No desconozco ni dejo de agradecer, el auxilio moral prestado por los Estados Unidos á mi Patria: únicamente lo reduzco á sus verdaderas proporciones.

*

Reseñando la victoria de Sta. Gertrudis, dice S. S. en la página 58: “El—Escobedo—adelantándose con 2,000 hombres, se embosca en las lomas de Sta. Gertrudis y el 15 de Junio, tras tiroteos de guerrillas que se habían efectuado desde el día anterior, se establece el combate entre las fuerzas del convoy, mandadas por el general Olvera, y las suyas, siendo rudo el encuentro, pues el enemigo se defendió valientemente. . . . Además, el convoy quedó en poder de los republicanos, que previo el pago de dobles derechos, entregaron á los particulares la parte que se reclamó de él, *habiéndose la otra repartido como botín entre las fuerzas de Nuevo León y las de Tamaulipas*.”

La victoria de Sta. Gertrudis tuvo lugar el 16, no el 15 de Junio. Habría pasado por alto este error, que acaso proceda de una simple errata, si otros de mayor importancia no me obligaran á detenerme en el párrafo copiado.

Dos mil hombres da S. S. á las tropas nacionales vencedoras en Sta. Gertrudis, *contradiendo lo dicho oficialmente por el General Escobedo*, quien enumera tan sólo mil quinientos hombres á sus órdenes, incluso las fuerzas de Tamaulipas. Extraña que S. S., siguiendo la táctica de los escritores intervencionistas, trate, intencional ó inadvertidamente, de mermar las glorias del Ejército nacional aumentando el número de los combatientes por la Patria, en ésta y en otras acciones de guerra.

Las fuerzas de Tamaulipas que, á las órdenes de Canales, habían coadyuvado á la victoria, recibieron su correspondiente parte de botín; pero las de Nuevo León, que pertenecían al abnegado Ejército del Norte, no reclamaron nada para sí, y dejaron que su General en Jefe empleara el producto del con-

voy capturado en proveer de los necesarios elementos de combate al ejército de su mando. La victoria de Sta. Gertrudis tiene una importancia extraordinaria en nuestros anales militares. Ella permitió al Gral. Escobedo armar y equipar á sus soldados, con armamento superior al de las mismas tropas francesas, con equipo superior al de las tropas traidoras. Ella permitió hacer invencible al Ejército del Norte, cuya disciplina, cuyo valor, cuya pericia, ya de suyo admirables, se vieron apoyados por las armas de repetición.

Hay una hermosa leyenda de Víctor Hugo, en la que unos viajeros, después de ofrecer juguetes, dulces y monedas á un niño, por ellos encontrado en las helénicas montañas, le preguntan, admirados de su extraña repulsa: Qué quieres? Qué deseas?—Dadme pólvora y balas, les respondió el niño griego, lanzando una mirada de odio á los opresores de su país, á los batallones turcos que desfilaban en lontananza. Cuando la victoria de Sta. Gertrudis puso en manos del General Escobedo el cuantioso rescate del convoy legalmente decomisado, los oficiales del Ejército del Norte, al presentarse en el Cuartel General para felicitar á su jefe victorioso, no reclamaron sus pagas atrasadas, no pidieron la repartición del botín, sino que, como el niño griego de la leyenda de Víctor Hugo, pidieron tan sólo á su General en Jefe pólvora y balas para combatir á los odiados opresores de la Patria!

*

“Bazaine, entre tanto—dice S. S. en la misma página 58—*desde Junio había marchado al interior, para obtener la concentración de sus tropas*. Las franceses abandonaban los lugares lejanos y *gradual y sistemáticamente iban replegándose hacia Méjico*.”

Ya he demostrado en otras de mis “Rectificaciones”—la motivada por el brindis del Sr. Mariscal en el Auditorium de Chicago—que, en Julio de 66, aun no había comenzado el movimiento de concentración del ejército francés, *para reembarcarse* y que “al abandonar los lugares lejanos”, no se replegaba hacia la ciudad de Méjico, sino á lo que el Mariscal llamaba “una nueva línea de fronteras del Norte”. Ahora repetiré tan sólo los dos principales fundamentos de mi argumentación. Son los siguientes:

“Llegado á Sn. Luis, el Mariscal escribió una carta al Archiduque, con fecha 11 de Julio, la que contenía las palabras que en seguida copiamos: “No puedo emprender nada en este momento, bajo el punto de vista *ofensivo*, antes de conocer la *solución que Vuestra Magestad haya creído deber dar* á la nota que S. E. el Ministro de Francia le ha entregado el 9 de este mes y de la que he recibido una copia de mi gobierno.—La última parte de esas instrucciones prescribe la *concentración de las tropas francesas, en el caso de que Vuestra Majestad no accediera á las proposiciones del gobierno francés.*”

“Como se ve—decía yo entonces—hay un documento firmado por el Mariscal Bazaine, en el que consta que el 11 de Julio de 66. el movimiento de concentración dependía, condicionalmente, de la no aceptación, por el Archiduque, de las proposiciones francesas; y como sí las aceptó en la Convención de 30 del mismo mes, resulta que, al terminar Julio—mes escogido por nosotros como término de comparación en el estudio de la situación militar—*ni se había empezado á ejecutar*, ni se pensaba en llevar á cabo por entonces, el plan de concentración para el reembarque.

“Todavía más—agregaba yo—el 4 de Agosto, desde la hacienda de Bocás, escribía al Archiduque el Mariscal: “Por extremado que parezca, á primera vista, el partido por el cual me he decidido *haciendo evacuar á Monterrey y el Saltillo*, yo reconozco cada día más que *era urgente obrar así*.... No había, pues, que dudar, bajo ningún punto de vista político, financiero ó *militar*. Además, *esto permite reforzar las plazas situadas á la retaguardia y constituir, por decirlo así, una nueva línea de fronteras del Norte*, muy sólida y más fácil de guardar: separando los puntos extremos de esta línea y el país evacuado un verdadero desierto árido y sin recursos.”

Nó, no marchó el Mariscal Bazaine á abreviar en Junio de 66—como dice S. S.—un movimiento de concentración hacia Méjico, que no había comenzado aún, sino, como terminantemente lo dice Paul Gaulot: “á enterarse por sí mismo.... á ver si era factible recuperar á Matamoros.... y á extenderse un poco hacia el Norte.” (1)

(1) “Fin d'Empire”, pág. 84.

*

“El Lugarteniente de Maximiliano—dice S. S. en la página 63—con actividad asombrosa, aumentó las fuerzas de la guarnición de México para dejarla en condiciones de defenderse y *salió con 3,000 hombres* de las tres armas, para Puebla, el 30 de Marzo.—El vencedor de Puebla—dice más adelante—ordena al general Lalanne que, *con 1,800 con que expedicionaba*, procure detenerlo—á Márquez—aunque sacrifique su columna. Dicho jefe cumple con la dura comisión que le toca desempeñar, y debido á ello, el general Díaz da alcance al enemigo el día 9 en la hacienda de Sn. Lorenzo.”

Esta es otra de las ocasiones en que su señoría siguiendo, como ya lo hice notar, la táctica de los historiadores intervencionistas, aumenta el efectivo de las tropas nacionales, combatientes en una acción de guerra, y disminuye el efectivo de las traidoras, concurrentes á la misma. Según el dicho del Gral. Lalanne—del que no es permitido dudar, dada su lealtad y franqueza características—dicho jefe no tenía á sus órdenes al sacrificarse heroicamente con su columna en Toluca, en cumplimiento de la dura, pero honorífica orden recibida, sino *mil doscientos hombres*. En cambio, el Lugarteniente del Imperio—á quien S. S. asigna tres mil hombres—tenía por lo menos seis mil.

“El Diario del Imperio”, al anunciar la salida de Márquez en auxilio de Puebla, decía con fecha 3 de Abril: “Revista del Gral. Márquez”.—“Dice el “Mexican Times” que presencié la revista que este general pasó el 29 en la tarde cerca de la Ciudadela. Había, continúa, cerca de *8,000 hombres* de infantería, artillería y caballería, y todo estaba perfectamente equipado *para campaña*. *Aún queda en la ciudad una fuerza de 6 á 7,000 hombres bien disciplinada*”. Y el mismo “Diario del Imperio” decía en su número del 13 de Abril: “El general Márquez llegó á la capital el miércoles en la noche y *3,500 hombres de su división* el jueves por la mañana”. Después añadía que la pérdida sufrida durante la expedición “era de 500 hombres”. La notable diferencia que se nota entre esas dos noticias—la primera de las cuales asigna cerca de 8,000 hombres á la expedición que, á las órdenes de Márquez, marchaba en au-

Lalanne

CAPILLA ALFONSO SINA

xilio de Puebla y la segunda que la reduce á 4,000—tiene por explicación natural la táctica, constante en los intervencionistas, de aumentar nominalmente el número de sus tropas disponibles para la campaña y disminuir, también nominalmente, el número de ellas al referir una batalla, máxime si habían sido derrotadas. Tomando el promedio de esas dos cantidades, por creerlas ambas exageradas respectivamente en más y en menos, resulta para las tropas contenidas por el Gral. Lalanne y derrotadas al día siguiente en Sn. Lorenzo, un efectivo de seis mil hombres.

El Gral. Márquez llevó consigo al dirigirse sobre Puebla, á más de una compañía de Zapadores, siete batallones y seis regimientos á saber:

Fijo de Méjico.....	Teniente Coronel Juan Vélez.
14º de línea.....	id. Luis Ruiz.
18º de id.....	id. Hammerstein.
10º de id.....	Coronel M. Carranza.
15º de id.....	id. J. C. Oronoz.
Ixmiquilpam.....	Teniente Coronel J. Martínez.
Tlálpam.....	id. J. Tornel.
Húsares.....	id. Conde Kevenhüller.
Cazadores.....	Coronel M. Mosso.
Gendarmes.....	id. Conde Wickenburg.
1er. Rifleros.....	Teniente Coronel S. Abojador.
2º de Lanceros.....	id. Juan Treviño.
5º Regimiento.....	Coronel Doroteo Vera.

Esta fuerza iba organizada en cuatro brigadas, dos de infantería y dos de caballería, mandadas por los Coroneles Campos, Oronoz, Kodolich y Vera. Grandes elogios hace S. S. de “la asombrosa actividad”—son sus palabras—con que el General Márquez aumentó las fuerzas que se hallaban en Méjico. Debe, en consecuencia, creerse que los batallones y regimientos fueron puestos en pie de guerra. No les asignaré sino el efectivo marcado para el pie de paz por la ley respectiva y tendremos:

y sin contar las dos compañías de depósito.....	4,200½hs.
6 regimientos á 500 hombres, también en números redondos.....	3,000 „
Total.....	7,200 hs.

A cuyo efectivo hay que agregar la compañía de Zapadores y los artilleros que servían 18 piezas.

Quitando de esa cifra—que por haber sido tomada en números redondos es inferior á la que se alcanzaría sin despreciar los excedentes—las bajas habidas por deserción, las cuales han de haber sido considerables dado que las filas habían sido cubiertas por la leva, siempre quedará á la columna de Márquez un efectivo mayor de seis mil hombres.

Según dice el Coronel de Artillería Dn. Manuel Balbontín, la dotación reglamentaria debe ser de tres cañones por cada mil hombres. Conforme á esa regla—que Márquez como buen militar debe haber observado—corresponden á los 18 cañones que llevaba, seis mil hombres, que es la cifra probable de su efectivo.

El Gral. Guadarrama en su “parte oficial” asigna también seis mil hombres á las fuerzas de Márquez, y aunque es cierto que S. S. estuvo en la batalla de Sn. Lorenzo, como Teniente de caballería, es claro que no disponiendo, como su jefe el Gral. Guadarrama, del servicio de exploradores, no ha de haber sabido con la misma exactitud que su general á cuánto montaba el efectivo de la columna de Márquez. Por lo demás, no deja de ser extraño que S. S. contradiga sistemáticamente, sin aducir prueba alguna, lo aseverado por jefes tan dignos de crédito como González Ortega, Escobedo, Lalanne y Guadarrama.

Disminuir por un lado el efectivo de las fuerzas traidoras y aumentar por el otro el de las patriotas es amenguar el triunfo de Sn. Lorenzo! es amenguar el heroico comportamiento del Gral. Lalanne y de su brigada! es amenguar las glorias nacionales!

*

“El 23—dice S. S. en la página 65—llegó el general Riva Palacio con 4,000 hombres, y esta fuerza sirvió para completar el cerco de Querétaro.”

He tenido en mis manos los “Estados de fuerza del Ejército sitiador” en Marzo, Abril y Mayo, y no figura en ellos la fuerza del Gral. Riva Palacio, pues no mandó nunca sus “listas de revista”; pero puedo asegurar á S. S., por haberlo oído re-

petidas ocasiones del labio del Gral. Escobedo, que dicha fuerza llegaría á lo sumo á dos mil quinientos hombres.

*

Después de decir que por espacio de veinte años se aseguró que López había traicionado á Maximiliano y después de referir que más tarde el Gral. Escobedo ha revelado—“expresado” dice S. S.—que fué Maximiliano quien, por conducto de López, ofreció entregar el punto de la Cruz, agrega S. S.: “*Como quiera que haya sido, debe considerarse que la plaza de Querétaro era imposible que resistiera por más tiempo, según se desprende de cuanto hemos referido.*”

La frase subrayada indica claramente que S. S. no da el debido crédito á lo aseverado por el vencedor de Querétaro. La palabra de honor del Gral. Escobedo—quien es incapaz de calumniar al Archiduque—debía ser para S. S. motivo sobrado para que creyera en la traición de Maximiliano: hecho que encaja perfectamente en la deslealtad característica del titulado Emperador de Méjico. Además, lo que el Gral. Escobedo ha revelado, bajo su firma de soldado y de caballero, no es únicamente que el Archiduque ofreció entregar la Cruz por medio de López, sino también que éste al entregarla, *aunque infidente para con la Patria, no traicionó á su soberano ni entregó por dinero su puesto de combate.*

Para todos los que tenemos el honor de *conocer* al Gral. Escobedo—en cuyo caso está S. S.—la simple palabra del vencedor de Sta. Gertrudis, de Sn. Jacinto y del Cimatario, es bastante para que creamos que López no fué sino el cómplice ejecutor de la traición de Maximiliano á sus compañeros de armas; pero, para producir la convicción, aun entre aquellos que no le conocen, de que ésto fué así, sobran elementos que lo funden y lo comprueben.

La reconocida veracidad del Gral. Escobedo y la probada mendacidad del Archiduque; la desesperada situación militar á que llegaron los sitiados de Querétaro; la característica deslealtad de Maximiliano y su errónea, pero arraigada creencia de su absoluta inmunidad; y una serie de actos del mismo citado usurpador, referidos por sus amigos, secuaces y admiradores,

y explicables tan sólo bajo la circunstancia primordial, revelada en el Informe del Gral. Escobedo, de que López entregó la Cruz por orden del sedicente Emperador de Méjico, son esos elementos á que acabo de aludir, y que fundan y comprueban lo aseverado por el ilustre vencedor del Imperio. (1)

*

“4.000 caballos—dice S. S. en la misma página—se acercaron al cerro de los Campanas, *en la cima de cuya colina se aglomeraban en desorden baterías, batallones y cuerpos de caballería* en derredor de Maximiliano, Mejía y los principales jefes.”

Muy distraído ó muy preocupado debe haber estado S. S. al escribir las líneas anteriores, puesto que aglomera, en la reducida cima de un cerro pequeño, “baterías, batallones y cuerpos de caballería que, aun aglomerados, es imposible que cupieran en la cima del cerro de las Campanas. Además, todas las relaciones, que he visto, de la toma de Querétaro, pintan al regimiento de la Emperatriz—único que acudió á la proyectada defensa de las Campanas—tendido en la llanura, al pie del cerro.

*

“Tras esto—dice S. S., ya al terminar la misma página y refiriéndose á la presencia de Santa-Anna, en aguas de Veracruz—fué aprisionado por un capitán de la marina americana y *luego entregado al gobierno.*”

Aunque no lo dice S. S. de una manera clara, el Gobierno á

(1) En la primera edición de estas “Rectificaciones” expuse detenidamente los hechos de referencia y los argumentos concernientes; pero, como después dediqué á este asunto un estudio especial, denominado “La traición de Maximiliano”, remito al lector á dicha Monografía; y aquí me limito á señalar únicamente los mencionados elementos de convicción. “La traición de Maximiliano” está completamente agotada; pero próximamente aparecerán otras “Rectificaciones”, tituladas “Los postrimeros defensores de Maximiliano,—libro cuya publicación han retardado varias circunstancias de índole diversa—y en ellas se encontrarán los principales argumentos con que probé en “La traición de Maximiliano” la tesis que informa dicho estudio.

CAPILLA ALFONSO

que se refiere es el Nacional; puesto que, á disposición de éste, se encontró más tarde Santa-Anna, lo que descarta la suposición de que fué entregado al Gobierno Norte-americano, como podría presumirse, ya que se trata de una aprehensión hecha por un capitán de la marina americana. Pero aun así es inexacta la relación de S. S.

A principios de Junio de 1867, es decir, cuando ya Maximiliano había sido hecho prisionero, cuando Márquez prolongaba en México una resistencia, no ya inútil, sino perjudicial á los intereses de su Soberano y sólo comprensible en el supuesto de una proyectada combinación Santanista; cuando la guarnición de Veracruz estaba en arreglos, por medio de los cónsules americano é inglés, con el Gral. Benavides para concertar una capitulación, llegó el Gral. Santa-Anna, frente á dicho puerto, diciéndose apoyarlo por el Gobierno de los Estados Unidos para establecer una república y ofreciendo venir á libertar á los valientes sitiados de Méjico, para lo cual contaba con la expedición organizada por él en los Estados Unidos—y que, embarcada en otro buque, aún no llegaba á Veracruz—más la guarnición del puerto que esperaba se alistaría bajo su estandarte.

Advertidos los cónsules de los manejos de Santa-Anna, sabedores de que el Comisario Imperial había dejado de concurrir á la conferencia—por ellos arreglada—con el Gral. Benavides, y temerosos de que Santa-Anna—como se rumoraba—desembarcara esa misma noche, se propusieron impedir que el ex-Presidente diera principio en Veracruz á su empresa filibustera. En tal virtud, y por disposición de los cónsules, los comandantes del "Jason" y del "Tacony"—el primero de la marina real inglesa y el segundo de la armada norte-americana—pasaron á bordo del "Virginia" para aprehender á Santa-Anna, quien fué trasladado al segundo de los mencionados buques de guerra. No puede decirse en consecuencia que "Santa-Anna fué aprisionado por un Capitán de la marina americana", sino por éste y por un Capitán de la marina inglesa. A lo más, lo que podría decirse es que Santa-Anna fué retenido como prisionero en un barco de los Estados Unidos.

Por lo demás, esta retención fué muy corta; pues á la mañana siguiente, Santa-Anna fué devuelto al "Virginia", cuyo capitán recibió la intimación de dirigirse á un puerto de los Es-

tados Unidos. Como el "Virginia" no era un buque de guerra y como su capitán estaba á las órdenes de Santa-Anna, en vez de cumplir la citada intimación, el vapor filibustero se dirigió á Sisal. Allí Santa-Anna escribió al Gral. Cepeda Peraza ofreciéndose á servir de mediador entre él y el Comisario Imperial Salazar Ilarregui y, mientras llegaba la contestación del primero, fué invitado á desembarcar por el Coronel Medina. Santa-Anna desembarcó en Sisal y allí fué reducido á prisión por orden de Cepeda Peraza, quien lo puso á disposición del Supremo Gobierno Nacional. En consecuencia, tampoco puede decirse que Santa-Anna fué entregado al Gobierno por el Capitán del "Virginia" y mucho menos por un Capitán de la Marina de Guerra de los Estados Unidos, puesto que el "Virginia" no formaba parte de ella.

*

Son tan numerosas las omisiones de que adolece "La Monografía Histórica", en el período de la Intervención, que me limitaré á señalar algunas de las más sobresalientes.

Sin marina de guerra y sin defensas en nuestros puertos, parecía natural que los fuerzas navales de la Francia no pudieran sufrir daño ni humillación de ninguna clase, por eso alcanzan importancia extraordinaria dos de los hechos callados por S. S.: la defensa de Mazatlán, en la que el hoy General Sánchez Ochoa rechazó el ataque de fuerzas francesas, protegidas por los fuegos de "La Cordeliere", y la humillación inflingida por el General Alejandro García á los buques de guerra franceses, á los que permitió bajar de Tlacotalpan al mar—cuando hizo capitular á la guarnición de aquella plaza,—pero con la condición de que arbolasen bandera blanca al pasar frente á nuestra insignificante fortificación de la Colina del Conejo. No entro en detalles sobre la defensa de Mazatlán, saludada con hurras de entusiasmo por los marinos ingleses de la "Caribdis" y del "Lancaster", porque próximamente aparecerá una relación completa de aquel heroico combate, según me ha referido el Gral. Sánchez Ochoa. Tampoco me explico sobre la toma de Tlacotalpan, porque está ya sencillamente descrita en la "Reseña de los sucesos ocurridos en la Costa de Sotavento de Ve-

racruz”, pero no resisto al deseo de copiar estas hermosas palabras, en ella vertidas por el General Dn. Alejandro García: “Con orgullo manifiesto que allí—en Sotavento *no dominó nunca* el soñado Imperio. Aquellas poblaciones no lo conocieron sino para hacerle la guerra, y al entregar ahora el Gobierno á la persona enviada por el Cuartel general *están limpias nuestras hojas de servicio*, y nuestros archivos *sin la mancha de las águilas coronadas*.”

Parecía natural también que las fuerzas de los Estados Unidos—ya que por falta de una alianza ofensiva y defensiva no nos prestaron ayuda alguna—no intervinieran para estorbar nuestro triunfo, como lo hicieron en Mazatlán y en Matamoros, aun cuando fueran en ambas ocasiones desautorizados los jefes que las mandaban. Hechos tan extraordinarios, que dieron lugar á que los Generales Corona y Escobedo rechazaran con patriótica entereza la intervención de los americanos, ya cuando quisieron proteger en Mazatlán el embarque de la guarnición francesa, ya cuando quisieron proteger en Matamoros al rebelde Gral. Canales; hechos tan extraordinarios no debían haber sido llamados por S. S.

La marcha admirable, casi fabulosa, efectuada por el Gral. Treviño desde Oajaca hasta Nuevo León, al frente de unos cuantos rifleros, por en medio de los destacamentos austriacos y franceses y atravesando el gran cordón militar establecido entre Méjico y Veracruz; la incursión estratégica efectuada con admirable éxito por el General Escobedo en territorio ocupado por el enemigo, para evitar la invasión de Chihuahua, atrayendo en pos suyo á las columnas francesas hasta Río Verde y Matehuala; y la sorprendente organización de esas tropas del Ejército del Norte, calificadas por Hans de “infanterías montadas,” — organización semejante á la presentada por los boeros y universalmente admirada—son hechos que no debían tampoco haber sido llamados, aun cuando el Gral. Reyes no sienta simpatías por los generales fronterizos.

La Noria y Tuxtepec.

“El 27 de Septiembre—dice S. S. en la página 68—el gobernador de Nuevo-León, general Treviño, desconoce al gobierno, y proclama jefe del movimiento revolucionario al Gral. Díaz. Otras rebeliones se suceden y *obligan al citado jefe á dar*, en Noviembre, *un plan político*, que se llamó de la Noria, por el lugar en que se expidiera.”

Todos los hombres tienen cualidades y defectos. El Gral. Díaz tiene—no hay por qué desconocerlo—la cualidad de la energía, la cualidad de la voluntad, acaso tan extremada que se torna á veces en defecto; así es que, si expidió el “Plan de la Noria”, fué porque así convino á sus miras, no porque *lo obligaran* á ello el pronunciamiento de Treviño y las otras rebeliones mencionadas por S. S. Al alzarse en rebelión abierta el Gral. Treviño, en Septiembre de 1871, estaba ya en plena connivencia con el Gral. Díaz. No logrará S. S. destruir esa verdad con un “obligaron al Gral. Díaz”, como no logrará tampoco, usando esta perífrasis “dió un plan político,” ocultar el carácter revolucionario del autor del “Plan de la Noria.” En cambio lo presentará, erróneamente, como un maniquí, como un hombre sin voluntad á quien Treviño y comparsa movían á su antojo.

*

Hablando del Presidente Lerdo, dice S. S. en la página 69: “pero su política, estacionaria en el exterior y restringida en lo referente á ampliar los elementos del interior, *semejante en todo á la observada en los últimos años de su vida por el Sr. Juárez*, no satisfacía las aspiraciones del progreso del país y *la opinión en su contra se consolidaba*.”

¡Política estacionaria en el exterior! ¿Qué ha querido S. S. expresar con esa frase enigmática? ¿Acaso que los Presidentes